

La carretera inicia una cuesta serpenteante. Hincado sobre el borde pedregoso de una desviación, a la izquierda del camino, un cartel escrito con letras rojas señala con una flecha la ruta hacia el castillo árabe de Mirabet. La carretera sigue subiendo entre viñedos, almendros y olivos. Han de cruzarse cuatro repechos para que el asfalto llanee y la tierra de los ribazos se vuelva ocre y parda. Al llegar al cruce de Camposines, señalado por las cercas de piedra de dos huertos raquíuticos, vuelve a iniciarse la cuesta. El motor, en segunda, ronquea asmático y fatigado.

- Demasiado rápido todo -dice José Agustín-. Hubiera sido mejor ir a Gandesa andando -consulta el mapa que apoya sobre las rodillas. Va sumando los kilómetros señalados por cifras azules al borde de la cinta roja de la carretera, en la guía Firestone. Al terminar, hace un mohín de disgusto y parece cambiar de opinión-. Veintiuno hasta Corbera, y luego los que aún quedan para llegar a Gandesa, son muchos kilómetros para una sola tarde.

- Lástima de disponer de tan pocos días!

El paisaje llega a hacerse monótono. Los mismos cultivos. El mismo ocre terroso y sucio en los desmontes. De tarde en tarde, la franja cárdena de un corte geológico. Una abubilla y unos grajos vuelan sobre una rastrojera. El sol va poco a poco cediendo en el horizonte, centímetro a centímetro, entre las últimas nubes de la pasada tormenta. La sierra de Caballs continúa siempre a la izquierda sobre la carretera: media altura y lomas casi peladas. Hay un gran contraste entre la locuacidad de los camaradas y el bajo susurro del resto de los viajeros. José Agustín habla en voz alta de sus viajes por la meseta cereal y por las tierras de Cáceres y Salamanca.

- No te sabía tan andariego, macho.

Paralelo al camino discurre el cauce seco de una rambla. A su derecha, monte bajo y tomillo. Más adelante, junto a una pequeña fábrica de yeso, los brotes frescos de una repoblación de pinos. Tras la lluvia de todo el día, el campo parece lavado. Ahora el pinar está más crecido. El autobús marcha tras un camión de las Bodegas García, de Castellón. Otro cartel anuncia más adelante: MINISTERIO DE AGRICULTURA. PATRIMONIO FORESTAL DEL ESTADO. REPOBLACION EN CONSORCIO. Sólo una parte del monte ha sido repoblado, hasta ahora. Se ven muchas lomas peladas.

Corbera es ocre y siena. Sus tejados tienen mediana inclinación. De lejos, da la impresión de un hormiguero. Al fondo del caserío se alza la torre de la Iglesia. Las casas forman como una gran falla, como una monumental tramoya que cierra la carretera, ocultando a los visitantes calles enteras que la guerra civil destruyó, y que permanecen en ruinas. Tan sólo jun

to al Ayuntamiento se levantan un par de docenas de casas de nueva planta, construidas a expensas del Estado.

El autobús se detienee delante del casino. Sólo algunos viajeros, aparte de los amigos, bajan para estirar las piernas. El casino es a la vez salón cinematográfico, billar y estafeta de correos.

- Paramos siempre algo más de quince minutos -explica el chófer a José Agustín.

Mientras Alfonso quiere entrar en el casino a tomar un café, José Agustín se empeña en dar una vuelta por el pueblo.

- Voy a echar un vistazo por ahí -dice, mientras se aleja.

Frente al casino hay una cordelería. Los mazos de ataduras se agrupan en el escaparate, junto a las abarcas, las sandalias de suela de goma y los cartuchos de caza. Unas chicas, sentadas a la puerta de la casa vecina, leen periódicos de colorines: "T.B.O.", "Pulgarcito", "El Capitán Trueno". La más joven, casi una niña, trenza una cordada de cáñamo y hace burlas a espaldas de José Agustín que, con las manos en los bolsillos, busca la Plaza del Ayuntamiento.

Alfonso no puede creer que corran los días de la segunda quincena de agosto. Sopla un aire frío y cortante al que no está habituado.

Al otro lado del Ayuntamiento, en la plaza, se levanta un monumento de piedra blanca. Sobre él se cruzan en diagonal dos arcos de medio punto. Sobre el pedestal hay un busto. En el frontal del pedestal se lee:

SU PATRIA A FERRAN

Un muchacho charla con un hombre viejo en una esquina de la plaza, cerca del monumento. El viejo va tocado con una boina negra. El chico lleva en la mano una reja de arado quebrada en su mitad. José Agustín se acerca a ellos, haciéndose el ingenuo.

- ¿Quién es el del monumento?

- El doctor Ferran, hijo del pueblo.

- Ya eso lo dice el monumento, ¿pero quién es?

- Pues eso, el doctor Ferran, ¿quién quiere usted que sea? El que descubrió la vacuna contra la rabia. ¿No lo sabía?

- Sí, sí lo sabía. Era para averiguar si lo sabían ustedes, con perdón.

- Está usted perdonado. Todo el pueblo lo sabe. De él y de la guerra civil, son las dos cosas de las que habla toda la gente.

- ¿Fue muy bombardeado el pueblo?

- Cuando la guerra esto quedó raso como la palma de la mano. No es que ahora esté mucho mejor, pero algo se ha hecho.

- ¿Fue en la retirada de los republicanos hacia el Ebro?

- No. En el contraataque.

El chico, que había permanecido callado, tercia ahora en la conversación:

- De cosas de la guerra, el que le podría contar es mi padre. Ahora porque está trabajando, que si no... Siempre habla de lo mismo. A mí, por mucho que me lo expliquen, no lo entiendo.

- ¿No entiende qué?

- Eso, eso de la guerra.

José Agustín se calla las ganas de decirle que tampoco él lo entiende.

- Gracias. Buenas tardes y perdonen.

Después de dar una vuelta a la plaza, José Agustín sube la calle camino del casino. Al llegar a la altura de una explanada se detiene al comienzo de una cuesta. Una mujer joven cuelga unas sábanas en unos tendederos puestos en mitad de la calle. José Agustín se acerca. Ella mira al viajero. Luego, mientras se seca las manos, señala la calle casi destruida y dice:

- Si quiere hacer una fotografía, en esa casa, la tercera a la izquierda, es donde nació el doctor Ferran.

La casa no existe; pero la mujer la señala como si existiera realmente. Es sólo un montón de escombros, lo mismo que la primera, la segunda, la quinta, la décima...

- Muy bien, señora. Gracias.

Cuando vuelve al casino, Alfonso ha terminado ya de tomar su café.

- ¿Te han hablado de Ferran?

- Y de otras cosas.

- ¿Qué cosas?

- Aquí te presento a un amigo -dice Alfonso volviéndose hacia un hombre vestido con pantalón de pana negra y camisa a rayas.

- Habíamos de las cosas que pasan que no debieran pasar -gruñe el hombre- de las injusticias y de los sufrimientos que tenemos que aguantar los pobres. De cómo van las cosas por el mundo y de cómo van a ir cuando se descuiden los que tienen

la sartén por el mango.

El hombre está excitado. Parece algo bebido.

- Vamos a perder el coche -dice José Agustín.

- No hay cuidado. Mientras Jordi no toque la bocina, no hay por qué apurarse.

Un niño entra en el salón, empujando un para de revólveres de juguete. Se pone a disparar con ellos, junta a la barra, a unos palmos de los viajeros. Parece el hijo del dueño, pues nadie se mete con él, a pesar del jaleo que arma.

El casino es un salón rectangular. Está pintado de un color rojo rabioso. Colgados de las paredes se distribuyen quince o veinte almanaques del año 61. Desde la lámina de casi todos ellos, sonríe una muchacha algo ligera de ropas. Son anuncios de casas comerciales de la región. Sobre el anaquel del mostrador se alinean las botellas empolvadas. A Alfonso le llama la atención una de ellas y pide al hombre que despacha tras el mostrador que sirva tres copas. El hombre descorcha con parsimonia la botella, después de pasarle un paño para quitarle el polvo. En una de las caras de la etiqueta los amigos leen: TRADE MARK. RHUM NEGUS OF ABISSINIA. En la otra: ABDIS-ABEBA. ORIGINAL RHUM. INDUSTRIA LICOPERA ESPAÑOLA. ZARAGOZA. MADE IN SPAIN.

José Agustín y Alfonso brindan con el hombre de los pantalones de pana, que sonríe pícaramente con la copa en alto, y los ojos brillantes. En el mismo momento en que va a pronunciar el brindis, suena el claxon del autobús. Se queda con la frase a flor de labio. Los amigos adivinan, sin embargo, algo de lo que hubiera querido decir.

Alfonso y José Agustín estrechan las manos callosas del payés.

- Adiós.

- Que haya salud, amigos, salud y suerte.

Los viajeros suben al estribo del autobús en el último minuto, cuando ya el chófer, se disponía a salir sin ellos. El hombre de los pantalones de pana ha salido a la puerta, a despedirles. Dice de nuevo adiós con la boina en la mano, bien apretada con el puño. Las campanas de la iglesia de Corbera tocan tristemente, sin fuerza.

Los pocos kilómetros que separan Corbera de Gandesa son cruzados por el autobús a buen paso. A la izquierda queda la sierra de Caballs. La carretera sube, de nuevo entre viñedos. A la derecha del camino y escrita con letra borrosa sobre un tapial hay una inscripción ya desvaída por el tiempo y la lluvia: Alfonso, haciendo un esfuerzo y sacando casi medio cuerpo por la ventanilla, lee algunas palabras sueltas. José Agustín le ayuda a reconstruir la frase: HABLE LA LENGUA DEL IMPERIO.

- ¿De qué imperio? -pregunta Alfonso.

- Será del Imperio Británico.

El paisaje continua siendo el mismo. Luego, campos de labor y tierra de olivos. A la entrada de Gandesa se levanta un cartel indicando el nombre del pueblo y su altitud geográfica, casi junto al escudo con el yugo y las flechas. Unos metros más adelante se recorta la silueta de un cementerio. El autocar sigue acelerando. Pasa, ya más despacio, ante la Casa Cuartel de la Guardia Civil. Después se detiene junto a un bar, muy cerca del surtidor de gasolina.

A la izquierda de la carretera, un edificio de extraña arquitectura llama la atención. Es alto y de piedra gris. Recuerda las iglesias cristianas de Oriente. El chófer explica a los amigos que lo que confunden con cúpulas son los depósitos

puestos como adorno, de la cooperativa vitivinícola. Los viajeros abandonan el autobús, esperando encontrar posada donde pasar la noche.

III

FRENTE DE GANDESA

Se durmió bien. José Agustín encuentra a Alfonso en el café de la plaza, al lado de la fonda, hablando con el camarero.

- Me pudiste haber llamado -dice José Agustín después de dar los buenos días con un gruñido.

- Cuando no hubiera pedido prestada una escopeta para pegarte un tiro, no sé cómo. Es lo único que me quedaba por hacer. Porque lo que es gritar, bien que lo hice. Lo que pasa es que eres una marmota.

- Chico, ni enterarme.

- No, si no me lo tienes que jurar.

Alfonso bebe despacio un vaso de café con leche y da los últimos bocados a un trozo de pan untado de aceite, una rebanada crujiente que aviva el apetito de José Agustín.

- Lo mismo -dice éste al camarero- pero el café que sea doble.

El camarero se dirige al mostrador para encargar el desayuno.

- ¿Has dicho ya que nos preparen la comida?

- Nada de comida. Pan, queso y una botella de vino.

Ahora nos lo trae. -Alfonso está nervioso. Contempla distraídamente los montes que asoman tras los tejados de la plaza, mientras astilla entre sus dedos una caja de fósforos vacía.

- ¿Es la sierra de Pandols?

- Sí, claro.

- Pandols, Pandols...

- ¿Te gusta el nombre?

- No. Bueno, no lo sé. ¿Vamos a subir mucho?

- Lo que se pueda. A media tarde podemos estar de vuelta. Hay que ver el cementerio.

Alfonso mira el reloj.

- Son casi las nueve -dice-. Cuanto antes salgamos, mejor.

Hace casi una hora que los camiones cruzan las calles de Gandesa, camino de Teruel.

- ¿Qué te ha contado el camarero?

El camarero regresa andando despacio. Coloca el desayuno de José Agustín sobre el velador de mármol y deja a un lado el paquete con la comida y la botella de vino.

- ¿Cuánto es?

- ¿Todo junto?

- Sí.

Alfonso mete la merienda y la botella de vino en el macuto. José Agustín paga la cuenta y luego parte trocitos de pan que va mojando en el café. El camarero vuelve a cruzar el salón y se queda junto al mostrador, alisando con las manos el dobladillo del mandil.

- ¿Qué te ha contado? -vuelve a preguntar José Agustín.

- La historia del puente de Mora de Ebro.

- ¿Y qué?

- Nada, que hasta cinco o seis años después de terminada la guerra no se volvió a reconstruir. Mientras, se improvisó un transbordador sobre barcazas, del que tiraban un cable de acero. Hasta el mismo coche de línea tenía que pasar sobre ellas para cruzar de una a otra orilla. El es vecino de Mora. Hace sólo unos meses que está aquí de camarero.

- ¿Y de la guerra?

- No, nada. Tenía entonces catorce o quince años. Sólo recuerda muy bien los bombardeos de la aviación y las caravanas de carros de los refugiados que huían hacia Alcañiz.

- Yo he soñado esta noche con la guerra -dice José Agustín. Se pasa las manos por la frente, como si la pesadilla volviera de nuevo-. Y he visto bajar a los aviones, ametrallando a la gente en las aceras de las calles.

- Déjalo ya. Eso son sueños. Olvídalos. Es preferible.

- Tú sabes que no son sueños...

- Vamos.

Los amigos cruzan el pueblo a medio paso. El día es limpio y azul. Una hermosa mañana de verano. Un grupo de niñas salta a la comba en una costanilla, mientras canta una canción de rueda.

"Al corro de las patatas
comeremos ensalada,
naranjillas y limones
como comen los señores."

Van quedando atrás las últimas casas de Gandesa. Son las nueve.

La tierra es levemente rojiza. Las cepas están cargadas de fruto. Se suceden los caminitos ciegos entre la tierra y la labor, los viñedos y el monte bajo. Las lagartijas se despeñan al sol. Se cruzan huertos perfumados por los frutales, eriales, solitarios caseríos, desmontes, terraplenes. La tierra está aún húmeda del rocío nocturno. En algunos bajos, el agua de la lluvia del día anterior espejea entre la hierba de un verg de ceniciento. Alfonso ha cortado un ramal y mientras camina deshojándolo, junto a su compañero, canta a gritos:

"Si me quieres escribir,
ya sabes mi paradero..."

- Estás muy subido tú, hoy.

El estribillo de la canción, que repiten ahora juntos los amigos, se pierde entre los olivos que bordean las viñas:

"... en el frente de Gandesa
primera línea de fuego."

El sol empieza a molestar. Cuando termina la tierra de labor, comienzan los repechos, las primeras lomas. Hay poco arbolado. El terreno es pedregoso. Cuesta afirmar los pies para no dar resbalones.

- ¿Echemos un pitillo?

La sombra de la encina bajo la que se sientan no cubre siquiera a un hombre. Entre dos chupadas, Alfonso le da el primer tiento a la botella.

- Es bueno. Mejor que el de ayer.

- Trae.

- ¿Crees que encontraremos las trincheras?

José Agustín se enjuaga la boca. Escupe luego el vino. Se seca con la manga la mancha rojiza que le ha quedado sobre la barbilla.

- No sé; pero, al menos tendremos ocasión de ver el

antiguo frente.

Continúan el camino, y cuando los repechos se hacen fuertes y escarpados, o el cruce de una vaguada pedregosa les obliga a dar un largo rodeo, casi se arrepienten de su aventura. Tres horas más tarde, empapados de sudor, con la boca seca y los pies doloridos, se sientan al borde de un montículo de tierra endurecida. El terreno está lleno de hoyos a medio cegar. No hay árboles. Algunas manchas de monte bajo y de hierba seca entre las piedras. Las lagartijas cruzan y recorren el erial. Silencio. No se oye siquiera el canto de un pájaro. Sólo el leve rebullir de los pequeños reptiles.

- Fíjate -Alfonso señala hacia Gandesa-. La ciudad, desde arriba, parece mucho mayor. Entornando los ojos, se tiene la engañosa sensación óptica de contemplar una gran ciudad, con sus avenidas y sus calles tiradas a cordel.

- Mal sitio para vivir, por aquellos días.

La pendiente hacia el Ebro recorta a Gandesa. La ciudad está como sobre una loma. Al norte quedan Batea y Villalba de los Arcos. Más lejos aún, seguramente, el río Asó. Por el oeste, la carretera sigue hacia Teruel. Se ve claramente el primer tramo de su descenso, para ascender luego hacia Caseras, tras la sierra de Peselles.

Buscando una sombra cualquiera donde refugiarse, José Agustín descubre cráteres y embudos cubiertos de tierra y matorrales.

- Parecen fortificaciones -dice.

Alfonso le sigue. Pasea tras él como un perro vagabundo. Busca afanosamente un recuerdo de la contienda; un trozo de metralla, un viejo cerrojo de mauser, un cartucho...

- No malgastes el tiempo. Como en otros sitios, re-

cién terminada la guerra, habrán venido a recoger cualquier trozo de metal que tuviera algún valor. Mucho cabrón se hizo rico comprando de pueblo en pueblo el metal que encontraban las mujeres y los niños. Hubo muchos accidentes a causa de esto.

Los amigos comen con apetito sentados sobre el peñascal, a la sombra de una vaguada.

- ¡Qué montes estos! -dice José Agustín-. Por aquí cerca cayó un avión de Iberia, allá por el año 48.

- No se salvaría nadie.

- Tú me dirás... Con un terreno como este. Dos hermanos de un amigo mío, que regresaban a Barcelona a pasar las Navidades, murieron en el accidente.

- Esta montaña está gafada.

Cuando se acaba el vino, Alfonso se pone en pie y lanza la botella vacía contra unas rocas, como si fuera una granada Laffite.

Después de dormir la siesta, los amigos inician el camino de regreso a Gadesa. A las cinco de la tarde vuelven a estar en el café de la plaza. El camarero parece esperarles.

- ¿Cansados?

- Casi nada. Hemos dormido un rato después de comer.

- No habrán subido muy arriba...

- Hasta el primer pico. Donde empiezan las fortificaciones.

- Pues ya es subir.

Mientras mueve el café, Alfonso pregunta:

- ¿Murió mucha gente aquí?

- Muchos, muchísimos. -El camarero habla apoyado en el respaldo de una silla, descansando el peso del cuerpo sobre

la punta de los pies. Me han contado que los traían todos aquí.

- ¿Están en el cementerio que se ve a la entrada?

- No. Ese es el cementerio viejo. Más abajo está el nuevo. Allí están también los italianos.

- ¿Los italianos?

- Sí. Los que estaban con Franco. Murieron muchos.

- ¿Y los soldados de la República dónde están?

- Verán. Aquellos días no se daba abasto con tanto muerto. Hay otros lugares con enterramientos, en las viñas y en los campos baldíos, de ahí detrás.

- ¿No los han reclamado las familias?

- Al principio, no. Después algunos han venido aquí a preguntar, como ustedes. Pero ya hace tiempo que no viene nadie. Vamos, lo que se dice nadie, tampoco. Alguna que otra vez, pero son ya habas contadas. -Se interrumpe. Mira primero a Alfonso. Luego, a José Agustín.

- ¿Tienen ustedes algún familiar o algún conocido que muriera aquí?

- No, no.

Los amigos no saben explicar por qué les interesa todo aquello. José Agustín pretende salir al paso de alguna manera:

- Es que mi compañero es periodista.

- ¿Y piensa sacar en un periódico esto que les he contado?

- Todo será cuestión de que le dejen -dice José Agustín.

- Una carrera bonita que debe ser esa de escritor.

- A medias.